EL ÚLTIMO SAFARI

Ada del Moral

Incluimos este cuento dedicado al William Holden de El crepúsculo de los Dioses, *la magistral película de Billy Wilder. Su autora es una joven escritora madrileña, periodista y colaboradora de la revista LEER, la publicación que dirige el leonés José Luis Gutiérrez.*

A estas horas todo es más difícil. Escucho el rumor de los amantes y es entonces, al abrir mi cama estrecha, cuando me acuerdo de la soledad que me persigue, atrapándome en este remanso donde todos los seres parecen dispuestos a olvidar las peleas; y mi voluntad, como una hidra, se dirige hacia ti porque no le basta tu alma. Pero no temas, no deseo que tengas por dueño a más criatura que tú mismo. Porque Libertad es no depender de nadie y yo quiero que podamos crecer, con la certeza de crear algo perfecto, tan sólido como Venecia aunque menos corrompido. Demasiados lugares nos quedan por visitar cuando tan siquiera nos conocemos como el mar a quienes pacen en su seno. Sé que el agua salada te entristece, que los canales de Venecia hieren la sensibilidad del país demasiado joven que llevas dentro y, sin embargo, ruego que entiendas el egoísmo de escribirte sobre aquello que sé no amarás nunca para que, al menos, tu mirada acaricie su significado, porque sin ti, no me sirven de nada. Eres mi hogar. y si algo lo amenaza me creo capaz de destruir a la misma Belleza, con un solo dedo. Así de Omnipotente me haces. Y no busco ser el Dios de nadie. Sólo reclamo protegerte de todo aquello que no ves y que nos amenaza bajo la forma de todas las cosas miserables. La Eternidad se esconde en un minuto ya cada segundo que no consumo a tu lado me asalta la sospecha de ser víctima de un hechizo, como un mago que ha enseñado demasiado a aprendices codiciosos y ahora, permanece en un limbo que no es otra cosa que Para Siempre y Sin Esperanza. Y debemos estar sembrados de Esperanza o apenas seremos otra cosa que la sospecha del anciano mago que, preso en un conjuro, mientras exista algo vivo sobre la tierra, cree estar sólo dormido. Esta es la carta -leyó- que debieras haberme escrito. Pero no comprendes nada, salvo al alcohol -que jamás podrá explicarte- y te consumes salvando a animales en extinción sin darte cuenta de que eres uno de ellos. Yo también. y ya me siento demasiado lejos de los seres que palpitan». El papel se posó en la mesa de cristal y entonces, sólo entonces, se alzó de la moqueta para recibir, en vez de la brisa que se filtraba por las ventanas mal cerradas, una amenaza de desmayo que endureció su estómago vacío. Quizás hiciera frío. Quizás fuera la fiebre, aquel catarro que le acompañaba desde hacía varias estaciones y le cerraba los pulmones al delicioso humo del tabaco. Se sirvió un Whisky solo, apoyó la cabeza en una estantería y manchó, sin darse cuenta, una de sus fotos. Qué pensativa estaba, ella que no escatimaba una sonrisa. Tenía los rasgos muy marcados, quizás fuera la puesta de sol de aquel día o la juventud que, tal vez, la hubiera, por fin, abandonado. En la distancia, entre aquellos árboles tan flacos cuyo nombre nunca recordaba, se marcaban las siluetas de elefantes. Desvió la mirada, de nuevo, al rostro que le había perdonado tantas veces y casi, sin querer, con aquel pudor del que ella decía estar enamorada, retiró la humedad, pues ella había dicho, una vez más: todo está perdido y era tan inútil destrozar aquel recuerdo como escupir sobre la ceniza. Bebió, con quemazón, el vaso entero y se sirvió un tercio más. Se secó la frente en los brazos. A ella le encantaba la forma de sus músculos ¿no se daría cuenta de que empezaba a parecer la osamenta de un mastodonte, con piel rugosa, vacía de sustancia? Siempre le habían cohibido las luces artificiales, jamás se había levantado desnudo de la cama, no tenía derecho. Se cuidaba tan poco... ¡Oh, aquellos halagos sobre su figura que dañaron la confianza en su cabeza! Y ella había dicho que era mucho más que inteligente, que era sensible, entonces se había entristecido pues se sufría demasiado. Y ella dijo también: «No permitiré más dolor cerca de ti». Pero no la contó -ni en el mejor de sus momentos- que su reflejo siempre le resultaba desconocido y ansiaba identificarse con seres libres

de conciencia. Criaturas no sujetas a más regla que su instinto. Como el guepardo, disfrutando del último calor del Ñu y la pantera, en la orilla, con el cadáver del facófero a su lado. Ella no podía contener los gritos: *Tú eres el Ñu y la cebra y la jirafa. ¿No te das cuenta? ¡Jamás permites que quiebren más vida que la tuya!* El vaso rodó hasta el piano que nunca había tocado nadie. Le costaba hilar sus pensamientos, en más de cuarenta y ocho horas, no había comido otra cosa que una zanahoria. No recordaba haber hecho compra en las últimas dos semanas. El piso estaba hecho un asco. ¿Qué hacía la mujer de la limpieza? Una mosca se posó sobre los restos del licor de melocotón que había desayunado esa mañana. Ella, siempre que estaban viajando de un parque natural a una reserva y de una reserva a un hospital para fauna salvaje, insistía en prepararle el desayuno antes que el sol encendiera la Sabana y cuántas noches no dormiría para ser capaz de adelantarse a su rápido despertar. Pero él se había enfadado cuando la vio burlándose de la fealdad del Rinoceronte Blanco. Cocktails. Grandes Diamantes. Fama. Quizás fuese como todas. Nunca recorrieron Europa. Jamás pisaron los carnavales de Venecia ni se detuvieron sobre los Cárpatos exultantes. Hacían el amor, con rabia, hasta muy tarde y seguían a los regueros de animales derramados en la arena, que indicaban la fiesta del cazador furtivo. No había suficiente en la botella. Abrió todas las alacenas y rompió, en un abrazo, una mesita, repleta de cosméticos, antes de dar con medio litro de vodka. Ella, una tarde exenta de disputas, había recorrido con las uñas su rostro diciendo: «Este es el paisaje que yo quiero». Ahora recordaba que antes de él, se cuidaba mucho las manos e iba a hacerse la manicura, al seguirle, todo aquello acabó y ella dijo, en un susurro, mirando sus uñas demasiado largas: «Había olvidado que son como raíces» y entonces él deseaba formar parte de su cuerpo y la hería para que le permitiera quedarse. «Qué condena no poder estar juntos ni separados» meditó ella. No pudo entenderla pero le tranquilizaban tanto sus dedos, él que no lograba conciliar el sueño sin la pesadilla de los lobos disfrazados de cordero. Ah, ese rincón -repleto de pensamientos que nunca se atrevía a revisar- allá, dentro de la cabeza, a donde no la dejó entrar o tal vez no pudo conducirla ni un Whisky, ni veinte bastaban. Y los pequeños detalles construían una historia o la deshacían. Ella no conseguía enseñarle nada. Quizás tuviera demasiados límites, saldría a buscarla para decírselo. Rescataría del fondo del ropero el smoking blanco que ya bailaba sobre sus hombros y hacía arrugas sobre la espalda enflaquecida. *Pero es tu mirada, tu mirada, hermana del antílope y del arce y de todas las criaturas destinadas a morir, la que me ennoblece, bebiendo, en el remanso bajo tu frente. No podrás arrancártela nunca. Es el único patrimonio de tu alma. Lástima que no sea suficiente para habernos mantenido.*

Fotograma del film «El Crepúsculo de los Dioses», con William Holden y Gloria Swanson

Ella, Ella, Ella; daba igual su nombre, que su presencia no bastara, que estuvieran sembrados de finales, sin principios, como aquel, tan lejano, tan lejano que temía no hubiera sucedido jamás. Sintió vergüenza, dolor casi por la carta que apenas podía ya leerse, la moqueta antaño beige, la mesa de cristal que se ensució primero al tropezar; se retiró un mechón de la frente, apelmazado, y los ojos le alcanzaron hasta las vitrinas donde se había extendido aquel líquido sin el que ahora se sentía tan cansado. No sabía cuanto podía haber perdido. La herida, un poco más abajo de la sien no parecía gran cosa, y sin embargo, continuaba sangrando tanto que parecía una liberación. Y pronto, llegaría el momento de encontrarla, devolverle la esperanza que había dejado en él y quizás, si juraba no escribir otra carta como aquella -antes la vida, pero no más esas palabras, cargadas de razón- navegar en góndola por los apestados canales, bajo un cortejo de máscaras.

** Ada del Moral es periodista y colaboradora de la revista «Leer»*